

TOURGUENEFF

Esto era hace diez ó doce años en casa de Gustavo Flaubert, en la calle de Murillo. Habitaciones pequeñas, amuebladas á la argelina, con vistas al parque de Monceau, el jardín aristocrático y correcto que daba á las ventanas persianas de verdes enredaderas. Nos reuníamos allí todos los domingos cinco ó seis, siempre los mismos, en una exquisita intimidad.

Un domingo que, como de costumbre,

llegué yo para ver al viejo maestro y á los amigos, Flaubert me cogió en la puerta, y me dijo:

—¿No conoce usted á Tourgueneff? Está ahí.

Y sin esperar mi respuesta me empujó hacia el salón. Del diván donde estaba tendido, un anciano alto, de barba como la nieve, se levantó al verme entrar, desensortijando sobre el montón de cojines los anillos de su cuerpo de boa, con ojos asombrados, enormes.

Nosotros los franceses vivimos en una ignorancia extraordinaria de toda la literatura extranjera. Nuestro espíritu es tan comodón como nuestros miembros, y por miedo á los viajes ni leemos ni colonizamos tan pronto como se nos saca de nuestro país. Por casualidad conocía yo á fondo las obras de Tourgueneff. Había leído con gran emoción las *Memorias de un señor ruso*, y aquel libro, encontrado por casualidad, me llevó á la intimidad de los otros. Estábamos ligados, sin conocernos, por el amor á los trigos, á los bosques, á la naturaleza, y una comprensión gemela por la envoltura.

En general, los que escriben no tienen más que ojos, y se contentan con pintar. Tourgueneff tiene además olfato y oídos. Todos sus sentidos tienen las puertas abiertas unos sobre otros. Está lleno de perfumes del campo, de ruidos del agua, de limpideces del cielo, y se deja mecer, sin prejuicio de escuela, por la orquesta de sus sensaciones.

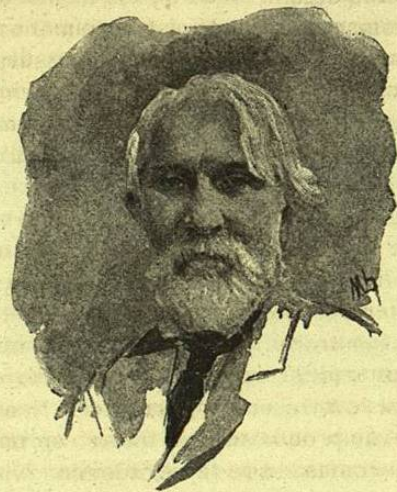
Esa música no llega á todos los oídos. Los hijos de las ciudades, ensordecidos desde la infancia por el mugido de las grandes capitales, no la percibirán jamás; no oirán las voces que hablan en el silencio de los bosques, cuando la naturaleza se cree sola y el hombre que calla se hace olvidar. ¿Os acordáis de la caída de los remos en el fondo de una canoa, que habéis oído alguna vez en un lago de Fenimore Cooper? La barca está á veinte leguas, no se la ve; pero los bosques se agrandan por ese ruido lejano sobre el agua que duerme, y hemos sentido el estremecimiento de la soledad.

Las estepas de Rusia han despertado los sentidos y el corazón de Tourgueneff. Se hace uno bueno escuchando la

naturaleza, y los que la aman no dejan por ello de interesarse por las cosas de los hombres. De ahí esa dulzura compasiva, triste como una canción de *moujik*, que palpita en el fondo de los libros del novelista eslavo. Es el suspiro humano de que habla la canción criolla. Y ese suspiro, repetido sin cesar, hace de las *Memorias de un señor ruso* como otra *Casa del tío Tom*, menos la declamación y los gritos. Yo sabía todo eso cuando encontré á Tourgueneff. Hacía ya tiempo que lo tenía en los tronos de mi olimpo, sobre un sillón de ébano, en el rango de mis dioses. Pero lejos de sospechar su presencia en París, no se me había ocurrido nunca preguntarme si vivía ó estaba muerto. Calcúlese mi asombro cuando me lo encontré de pronto frente á frente, en una casa de París, en un tercer piso con vistas al parque de Monceau.

Yo le conté alegremente la cosa y le expresé mi admiración. Le dije que había leído sus libros en los bosques de Sénart. Allí había encontrado su alma, y los dulces recuerdos del paisaje y de sus libros estaban tan reunidos en mi memo-

ria, que ni una sola noticia suya ha quedado en mi pensamiento que no esté envuelto en los ramajes de un matorral, ya ajado por los vientos del otoño.



Tourgueneff no volvía de su asombro. —¿Conque me ha leído usted?

Y me dió una porción de pormenores sobre lo poco que se vendían sus libros y la oscuridad de su nombre en Francia. Hetzel lo editaba como por caridad. Su

popularidad no había pasado la frontera. Le dolía vivir desconocido en un país que tanto quería, y lo confesaba tristemente, pero sin rencor. Al contrario, nuestros desastres de 1870 le habían hecho tomar más cariño á Francia. Ya no podía vivir en otra parte. Antes de la guerra pasaba los veranos en Baden; ahora ya no volverá allí, y se contentará con pasarlo en Bougival y en las orillas del Sena.

Precisamente aquel domingo no había nadie en casa de Flaubert, y nuestra conversación se prolongó. Interrogué al escritor sobre su método de trabajo, y me asombraba que no hiciera él mismo sus traducciones, porque hablaba en francés muy correcto, con cierta lentitud á causa de la sutileza de su espíritu.

Me confesó que la Academia y su Diccionario lo dejaban frío. Hojeaba, temblando, aquel Diccionario formidable, como si fuese un Código donde estuviesen formuladas la ley de las palabras y los castigos que debían imponerse á los atrevimientos. De sus excursiones por el Diccionario sacaba la concien-

cia llena de escrúpulos literarios que mataban su vena.

Recuerdo que en una noticia que estaba escribiendo entonces, no había querido exponerse á hablar de unos *pálidos ojos* por miedo á los académicos y á su definición del vocablo.

No era la primera vez que tropezaba yo con esas inquietudes; las había encontrado ya en mi amigo Mistral, también fascinado por la cúpula del Instituto, el monumento macarrónico que decora en forma de medallón las cubiertas de los libros de Didot.

A propósito de esto dije á Tourgueneff lo que me bullia en el pensamiento, á saber: que el francés no es una lengua muerta y que no debe escribirse con un diccionario de expresiones definitivas é inalterables. Yo no me preocupo de esto. Hay que admitir todo. El río arrastra en su corriente escorias; dejadlo correr, que él depurará todo. Después dijo que iba á buscar á las *señoras* que estaban en el concierto de Padeloup, y bajé con él. Me entusiasmó oírle decir que le gustaba la música. En Francia los hom-

bres de letras, en general, la abominan; la pintura lo ha invadido todo. Teófil Gauthier, Saint-Victor, Hugo, Banville, Goncourt, Zola, Leconte de Lisle, todos son musicóforos. Que yo sepa, soy el primero que ha confesado públicamente mi crasa ignorancia de los colores y mi afición á las notas; eso se explica por mi temperamento meridional y mi falta de vista; un sentido se ha desarrollado á expensas del otro. En Tourgueneff el gusto musical era una educación parisiense. Lo había adquirido en el medio ambiente en que vivía.

Ese medio era una intimidad de treinta años con la señora Viardot; Viardot, la gran cantante, Viardot-García, la hermana de la Malibran.

Aislado y soltero, Tourgueneff habitaba hacía muchos años en el hotel de la familia, calle de Douai, núm. 50. *Las señoras* de quienes me hablara en casa de Flaubert, eran la Viardot y sus hijas, á las cuales quería Tourgueneff como si fueran suyas. En aquella casa hospitalaria fuí á visitarlo.

El hotel estaba amueblado con refina-

do lujo, gusto artístico y aficiones al *confort*. Al pasar por el entresuelo, vi por una puerta abierta una galería de cuadros. Voces frescas de muchachas, llegaban hasta mí á través de los tapices.

Alternaban con la apasionada voz de contralto del *Orfeo*, la cual llenaba la



escalera y subía hasta donde yo estaba. Arriba, en el tercer piso, un pequeño departamento, cerrado, guatado, lleno de cosas preciosas.

Tourgueneff había tomado de sus amigos sus aficiones artísticas: la música, de la mujer; la pintura, del marido.

Hallábase echado en un sofá.

Me senté á su lado, y reanudamos la conversación del día anterior.

Le habían llamado la atención mis observaciones, y prometió llevar el domingo siguiente á casa de Flaubert una novela que se traduciría delante de él. Luego me habló de un libro que quería hacer, *Las tierras vírgenes*, una pintura sombría de las nuevas capas que se agitan en las profundidades de Rusia, la historia de esos pobres *simplificados* á quienes una triste equivocación pone en manos del pueblo. El pueblo, como no les comprende, se harta y los rechaza.

Y mientras él me hablaba, pensaba yo que, en efecto, Rusia es una tierra virgen, blanda todavía, donde toda huella, por ligera que sea, se marca; una tierra virgen, donde todo es nuevo, y está por hacer y por explorar. En nuestro país, al contrario, ya no hay camino desierto ni sendero por donde no hayan repasado las muchedumbres; y hablando sólo de la novela, la sombra de Balzac está al término de todas sus avenidas.

Desde aquel día nuestras relaciones se estrecharon. De todos los momentos

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE MONTENAPOLI 1123
MEXICO, D.F.

que hemos pensado juntos, tengo el recuerdo de una tarde de primavera, de un domingo de la calle de Murillo que he guardado en la memoria, único luminoso. Se hablaba de Goethe, y Tourgueneff nos había dicho: «Ustedes no lo conocen.» Al domingo siguiente nos llevó *Prometeo* y *El sátiro*, ese cuento volteriano, revolucionario, impío, agrandado y convertido en poema dramático.

El parque de Monceau nos enviaba sus gritos de niños, su espléndido sol, la frescura de sus plantas recién regadas, y nosotros cuatro, Goncourt, Zola, Flaubert y yo, impresionados por aquella grandiosa improvisación, escuchábamos al genio traducido por el genio. Aquel hombre que temblaba con la pluma en la mano, tenía, cuando estaba de pie, todas las audacias del poeta; no era una traducción mentira que petrifica: Goethe vivía y nos hablaba.

A menudo venía Tourgueneff á buscarme al Marais, en el antiguo hotel del tiempo de Enrique II, donde vivía yo entonces. Divertíale el extraño espectáculo de aquel patio de honor, de aque-

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE MONTENAPOLI 1123
MEXICO, D.F.

lla regia mansión almenada, toda llena y ocupada por las pequeñas industrias del negocio parisiense, fabricantes de trompos, de agua de Seltz y de perdigones. Un día que entraba, del brazo de Flaubert, mi chiquillo me dijo en voz baja: «Papá, esos son muy gigantes.»

¡Oh! sí, gigantes, buenos gigantes, grandes cerebros, hermosos corazones, proporcionados á su envoltura colosal. Había un lazo, una afinidad de cándida bondad entre aquellos dos caracteres geniales. Los había casado Jorge Sand. Flaubert, hablador, criticón, quijote, con voz de trompeta, la poderosa ironía de su observación, su aspecto de normando del tiempo de la conquista, era la mitad viril de aquel matrimonio de almas; pero ¿quién en ese otro coloso con cejas que parecían de estopa, con inmensos omoplatos, habría adivinado la mujer, esa mujer de agudezas y delicadezas que Tourgueneff ha pintado en sus libros, esa Rusia, nerviosa, lánguida, apasionada, adormecida como una oriental, trágica como una fuerza en revolución? Prueba de que es verdad que en la gran fábrica

humana las almas se equivocan á veces de envoltura, y salen almas de hombre en cuerpos femeniles, almas de mujeres en corpanchones de cíclopes.

En aquella época se tuvo la idea de una reunión mensual, donde se vieran los amigos alrededor de una buena mesa; aquello se llamó «banquete Flaubert, ó el banquete de los autores silbados.» Flaubert asistía por el fracaso de su *Candidato*; Zola, por su *Boton de Rosa*; Goncourt, por su *Enriqueta Marechal*, yo, por mi *Arlesiana*. Girardin quiso entrar en nuestro grupo; pero como no era literato, se le eliminó. Tourgueneff nos dió su palabra de honor de que lo habían silbado en Rusia, y como estaba muy lejos, no fuimos á averiguarlo.

Nada tan delicioso como esas comidas donde se habla con libertad, con los codos encima de la mesa. Como gentes de experiencia, éramos glotones. Había tantas glotonerías como temperamentos, tantos guisos como provincias.

A Flaubert le hacían falta mantecas de Normandía y patos de Rouen, estofados; Edmundo de Goncourt, refinado,

exótico, reclamaba confituras de gengibre; Zola, mariscos; Tourgueneff saboreaba su caviar.

¡Ah! No era fácil darnos de comer, y las fondas de París deben acordarse de nosotros. Variábamos á menudo. Unas veces íbamos á casa de Adolfo y Pelé, á espaldas de la Ópera; otras á la plaza de la Ópera Cómica, á casa de Voisin, cuyas bodegas satisfacían todas las exigencias y reconciliaban los apetitos.

Nos sentábamos á la mesa á las siete, y á las dos no habíamos concluído todavía. Flaubert y Zola comían en mangas de camisa; Tourgueneff se estiraba en el diván; despedíamos á los camareros—precaución inútil, porque los bramidos de Flaubert se oían en toda la casa—y hablábamos de literatura. Siempre teníamos alguno de los libros nuestros que acababan de ser publicados. *La tentación de San Antonio* y *Los tres cuentos*, de Flaubert; *Elisa*, de Goncourt; *El abate Mouret*, de Zola; Tourgueneff llevaba *Las reliquias vivientes* y *Las tierras vírgenes*; yo, *Fromont, Jack*. Hablábamos con el corazón en la mano,

sin complicidades de admiración mutua.

Tengo á la vista una carta de Tourgueneff, escrita con letra grande, clara, antigua, letra de manuscrito, que transcribo íntegra porque da el tono de la sinceridad de nuestras relaciones.



«Lunes 24 Mayo 77.

»Mi querido amigo: Si no he hablado á usted hasta ahora de su libro, es porque quería hacerlo extensamente, y no contentarme con cuatro frases de cajón. Dejó todo eso para cuando nos veamos, que espero sea pronto, porque Flaubert debe regresar un día de éstos ya, y nuestras comidas empezarán otra vez.

»Me limito á decir una cosa: el *Nabab* es libro más notable y el más desigual que ha hecho usted. Si *Fromont y Risler* puede ser representado por una línea recta así —, el *Nabab* debe ser figurado de este modo: ~~~~ , y á las cúspides de estos ziszás no puede llegar más que un talento de primer orden.

»Le pido perdón por expresarme tan geoméricamente.

»He tenido un largo y fortísimo ataque de gota; hasta ayer no he salido de casa, y tengo las rodillas y las piernas de un hombre de noventa años. Me temo que soy yo lo que los ingleses llaman un *confirmed invalid*.

»Mis afectos á la señora Daudet, y le estrecha cordialmente la mano su afectísimo

IVAN TOURGUENEFF.»

Cuando acabábamos con los libros y las preocupaciones del día, la conversación se ensanchaba, se acudía á las tesis, á las ideas siempre presentes: se hablaba del amor y de la muerte.

El ruso, tendido en el diván, callaba siempre.

—¿Qué dice usted, Tourgueneff?

—¡Oh! Yo no pienso nunca en la muerte. En nuestro país nadie se la figura bien; eso allí está siempre lejano... envuelto entre las brumas eslavas...

La frase decía mucho sobre el carácter de su raza y sobre su propio genio. La bruma eslava flota sobre todas sus obras, y hasta su misma conversación parecía envuelta entre brumas.

Todo cuanto nos decía empezaba á decirlo trabajosamente, de una manera indecisa; luego, de pronto, la nube se disipaba, conservaba un rayo de luz que era una palabra decisiva.

Nos describía su Rusia; no la Rusia de Beresina, histórica y de pura convención, sino una Rusia de verano, de trigos, de flores, la Rusia Menor llena de hierbas que florecían y de rumores de abeja. Así es que como es menester alojarse en algún sitio, hacer encajar en un paisaje conocido las historias exóticas que se nos cuentan; la vida rusa se me ha aparecido á través de sus relatos como una vida

feudal en una posesión argelina rodeada de *gourbis*.

Tourgueneff nos hablaba del campesino ruso, de su profundo alcoholismo, del abotagamiento de su conciencia, de su ignorancia de la libertad. O bien relataba una página más fresca, un idilio en un rinconcillo, recuerdo de alguna campesina encontrada en una excursión venatoria, y de la cual había estado enamorado.

—¿Qué quieres que te regale? le preguntaba siempre.

Y la hermosa joven, ruborizándose, respondía:

—Tráeme una pastilla de jabón para que me perfume las manos y me las puedas besar como las besas á las señoras.

Después de hablar de amores y de la muerte, charlábamos de las enfermedades, de la esclavitud del cuerpo, que arrastramos como su cadena el presidario. ¡Tristes confesiones de hombres que han pasado ya de los cuarenta años! Yo, que aún no me sentía mortificado por el reuma, me burlaba de mis amigos, de aquel pobre Tourgueneff, atormentado

por la gota, el cual venía cojeando á nuestras comidas. Después lo he pagado bien.

¡Ah! La muerte, de la cual tanto hablamos, llegó al fin. Nos arrebató á Flaubert. Él era el alma de nuestra reunión, el lazo que nos unía. Cuando él hubo desaparecido, la vida cambió y ya no nos vimos más que de tarde en tarde, porque ninguno de nosotros se sentía con valor para reanudar las reuniones que el duelo había interrumpido.

Al cabo de algunos meses Tourgueneff trató de reunirnos. El sitio de Flaubert debía ser respetado en nuestra mesa; pero como faltaran su vozarrón y sus ruidosas carcajadas, nuestros banquetes no volvieron á ser lo que habían sido.

Luego me encontré al novelista ruso en una velada en casa de Mad. Adam. Había llevado al gran duque Constantino, el cual se hallaba de paso en París, y deseaba conocer algunas celebridades del día, una galería Tussaud de carne y hueso. Tourgueneff estaba triste y enfermo. ¡Pícara gota! Lo tenía imposibilitado durante semanas enteras y pedía á los amigos que lo visitasen.

Hace dos meses le vi por última vez. Siempre estaba la casa llena de flores, siempre se oían allí las frescas voces de las muchachas al pasar por el entresuelo, y siempre se encontraba á mi amigo allá arriba sentado en el mismo diván; pero ¡qué débil y cuán cambiado! Una angina al pecho le tenía abatido, y aún sufría á consecuencia de la dolorosa extracción de un kisto. Como no había tomado cloroformo, pudo contarme la operación con una perfecta lucidez de recuerdo. Al principio experimentó la sensación circular de mondar una fruta; después el dolor agudísimo de cortar la carne. Y añadió:

—Estoy analizando mi sufrimiento para relatároslo en la primer comida que tengamos, suponiendo que os ha de interesar á todos.

Como aún podía andar un poco, bajó la escalera para acompañarme hasta la puerta de la calle. Cuando llegamos abajo entramos en la galería de cuadros y me enseñó las obras de los pintores rusos: un «Alto de cosacos», un sembrado de trigo, paisajes de Rusia, pero de laRu-

sia que nos había descrito él. Allí estaba el anciano Viardot, un poco enfermo. Al lado suyo cantaba García, y Tourgueneff, rodeado de las dos artes que tanto le entusiasmaban, sonreía al despedirme.

Un mes después supe que Viardot había muerto y que Tourgueneff estaba agonizando. No pude creerlo. Debe de haber para las inteligencias privilegiadas una prórroga de vida hasta que hayan dicho todo lo que tenían que decir. El tiempo y el clima en Bougival nos devolvería á Tourgueneff; pero ya no habrá más comidas de aquellas en que tanto gozaba.

¡Ah! ¡El banquete de Flaubert! El otro lo volvimos á celebrar; pero ya no éramos más que tres (1).

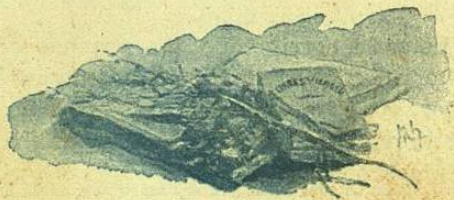
*
*
*

Estando corrigiendo las pruebas de este artículo, publicado hace algunos años, me traen un libro de *Recuerdos*, en el que Tourgueneff, desde su tumba,

(1) Escrito en 1880 para el *Century Magazine*, de Nueva York.

me trata cual no digan dueñas. Como escritor estoy por debajo de todos; como hombre no hay ninguno que valga menos. Y mis amigos lo saben, y dicen por ahí cosas que obligan á taparse los oídos...¿De qué amigos habla Tourgueneff, y cómo siguen siendo amigos míos conociéndome tan bien? A él mismo, á aquel buen eslavo, ¿quién le obligaba á ponerme tan buena cara?

Me parece todavía estar viéndolo en mi casa, sentado á mi mesa, cariñoso, amable, besando á mis hijos. Tengo cartas suyas, cordiales, expresivas. ¡Y ahora veo lo que se ocultaba bajo aquella sonrisa bondadosa!... ¡Dios mío, qué cosa más extraña es la vida, y qué expresiva es esta bonita palabra griega: EIRONEIA!



ÍNDICE

	Páginas.
La llegada.....	1
Villemessant.....	25
Mi primer frac.....	47
Historia de mis libros: <i>El Poca-Cosa</i>	69
Los salones literarios.....	95
El tamborilero.....	123
Historia de mis libros: <i>Tartarin de Tarascon</i>	151
Historia de mis libros: cartas desde mi molino.....	171
Mi primer estreno.....	193
Enrique Rochefort.....	207
Enrique Monnier.....	237
Cómo acabó un borrachín, y la bohemia de Murger.....	245
Historia de mis libros (Jack).....	275
La Isla de los Gorriones (encuentro en el Sena).....	309
<i>Fromont, menor</i> , y <i>Risler, mayor</i>	319
Tourgueneff.....	347